

La Transformación Económica no es Paso Previo

Nada Garantiza el Cambio Político

- ★ Hay Interrelación Pero Históricamente no se Siguen
- ★ La Apertura Comercial o el TLC, Factores Parciales
- ★ Necesita la Democracia Algo más que Neoliberalismo

LORENZO MEYER

El conocimiento de la historia no asegura la predicción del futuro, pero examinando la relación que hubo entre economía y política en nuestro pasado podremos entender mejor la que hoy existe y cuáles son las posibilidades de su evolución.

Hay un supuesto de teoría política ampliamente aceptado incluso entre aquellos cuyos análisis nada tienen que ver con el marxismo. Este supuesto es el siguiente: los fenómenos de la economía y la política están tan interrelacionados que a un cambio sustantivo en la estructura económica le corresponde, casi inevitablemente, otro en la política. Este supuesto le viene como anillo al dedo a aquellos que insisten en que el destino político de México ya está asegurado, pues a la apertura y liberalización del mercado económico que hoy tiene lugar en nuestro país, por fuerza le deberán seguir la liberalización y apertura del mercado político.

Tan optimista visión sólo puede ser sostenida si

SIGUE EN PAG. DIECIOCHO

NADA GARANTIZA

Sigue de la primera plana

se evita un examen a fondo de la naturaleza de ese complejo fenómeno que es el poder político. Quien se tome el trabajo de profundizar en la historia de la evolución de cualquier sistema complejo de dominio, no puede menos que reconocer que la política no es mera superestructura del arreglo económico. Ambas esferas de la realidad están efectivamente interrelacionados pero la autonomía relativa de cada una de ellas puede ser mucha, y la experiencia histórica de México o de cualquier otro país muestra que en ocasiones el sistema económico o el político pueden sufrir cambios profundos sin que el otro modifique

gran cosa sus variables centrales.

El gran cambio político-administrativo que tuvo lugar en el siglo XVIII —la reforma borbónica— tenía como objetivo fundamental provocar una transformación económica que volviera a inyectar vitalidad al aparato productivo novohispano de tal manera que las finanzas de la corona española mejoraran. Este gran cambio que llevó al auge de la plata, es un ejemplo de cambio simultáneo y funcional entre economía y política. Sin embargo, el contraejemplo se tiene en la siguiente etapa de la historia mexicana.

★

Las explicaciones centrales del cambio que produjo la terrible lucha civil que

se inició en 1810 y que habría de culminar once años más tarde con la independencia mexicana, son básicas, aunque no exclusivamente, políticas. En efecto el debilitamiento del control español sobre su imperio americano en el segundo decenio del siglo pasado fue básicamente el resultado directo de la invasión francesa de España y la imposición de un monarca extranjero: José Napoleón. Un buen número de españoles se negó desde un principio a aceptar como legítimo el cambio de Fernando VII por el hermano del emperador de los franceses y, sin dudarlo mucho, se lanzaron a una verdadera guerra de independencia y pronto la sociedad española se encontró envuelta

EL CAMBIO POLITICO

en una inesperada lucha por su independencia. Esta guerra de liberación nacional, obligó a la metrópoli a concentrar sus recursos en la propia Península Ibérica, situación que permitió a los revolucionarios americanos el espacio de maniobra mínimo para iniciar su propia lucha de independencia frente a los españoles. Ahora bien, una vez lograda la separación mexicana de España —cambio político capital— el sistema económico siguió siendo básicamente el mismo de antes, salvo que los capitales españoles fueron parcialmente reemplazados por los británicos y franceses en la minería y el comercio. En resumen, a la transformación política de 1821 no correspondió otra, económica, de igual magnitud; el cambio político de entonces se explica en sí y para sí.

En contraste, el enfrentamiento entre liberales y conservadores de mediados del siglo pasado nos retorna a la interrelación entre economía y política: la época de la Reforma fue, a la vez, una transformación política y económica. A la Constitución de 1857 que buscó hacer pasar a la sociedad mexicana de una compuesta de corporaciones a otra de ciudadanos e individualidades, le corresponde en lo económico el traslado a manos de empresarios particulares de

los bienes eclesiásticos y de una parte de los de las comunidades indígenas. Sin embargo, en la siguiente gran transformación, ocurrida a raíz de la revolución de 1910, volvimos a ver la política y la economía mexicanas marchar por caminos distintos, volviendo cada una a recuperarse su independencia relativa.

La destrucción política del antiguo régimen entre 1910 y 1917 fue total, pues para esa última fecha había una nueva constitución, ninguna autoridad que lo hubiera sido bajo Porfirio Díaz permanecía en el poder y el ejército profesional simplemente había dejado de existir. No obstante lo anterior, los cambios en el sistema de propiedad y producción fueron mínimos: el gobierno del Presidente Carranza regresó el grueso de las haciendas que había tomado por razones políticas a sus propietarios porfiristas y el capital externo continuó dominando el ritmo y naturaleza de la inversión petrolera, minera y eléctrica, y si un mayor número de líneas férreas se quedaron en manos del Estado, ello se debió no a una política de nacionalizaciones sino más bien a que los propietarios originales —británicos y norteamericanos— no aceptaron su devolución si antes no

se les aseguraba una compensación adecuada por las pérdidas que sus propiedades sufrieron cuando estuvieron en manos gubernamentales por razones militares. La destrucción de la gran propiedad rural y la nacionalización de la industria petrolera tuvieron lugar veinte años después del cambio político, y se llevaron a cabo durante el sexenio del general Cárdenas; el triunfo del ejido y la nacionalización del petróleo no fueron resultado de cambios políticos en los años treinta sino que sirvieron para consolidar la transformación ya experimentada en el ámbito político.

★

El México de la Segunda Guerra Mundial no vivió ningún sobresalto, ningún cambio mayor en sus estructuras políticas, pero en contraste inició revoluciones verdaderas: la económica favorecida por el ingreso extraordinario de dólares producido del aumento en las exportaciones y en las remesas de los braceros. Esos dólares, más cambios en la demanda y oferta mundiales producidos de la guerra, facilitaron el abandono del proyecto cardenista —la industria al servicio del México rural, el ejido y la cooperativa y no la propiedad privada como base del sistema de propiedad de los medios de producción, etcétera— y el lanzamiento de uno nuevo: la industrialización mediante la sustitución de importaciones, una industrialización basada en la protección arancelaria y en el intervencionismo estatal con el objeto de dar vida —por fin— a una verdadera burguesía industrial y financiera mexicana auxiliada pero no sometida al capital transnacional. Sin haber requerido de un cambio político, este nuevo modelo económico se consolidó y duró 40 años.

El principio del fin del anterior modelo de crecimiento económico tuvo lugar, como bien sabemos, todos, en la primera mitad de los años setenta con la crisis del "desarrollo estabilizador". Pero no sería sino hasta diez años más

tarde cuando la élite política decidió abandonar definitivamente el modelo de industrialización protegida y basado en el predominio del capital nacional, público y privado. La revolución económica neoliberal va a dejar un México económico muy distinto del que había hasta 1982, pero por sí misma esa formidable y socialmente costosa transformación económica no es garantía de que México vaya a cambiar su régimen político y abandone el autoritarismo en favor de la democracia. En fin, el cambio económico no es sustituto de la voluntad política. Si la mayoría de los mexicanos deseamos vivir en un sistema democrático, vamos a tener que seguir luchando por conseguirlo, pues el neoliberalismo económico no está obligado por ninguna ley de la historia a darnoslo.

Si la interpretación anterior vale, entonces queda claro que los grandes cambios económicos pueden favorecerse.